

# Ver lo que veo, de Roberto Burgos Cantor

ÓSCAR GODOY BARBOSA

Escritor y periodista.

La ciudad costera donde transcurren los hechos de la novela *Ver lo que veo* no tiene nombre, pero fácilmente puede identificarse con Cartagena de Indias. La isla de Manga con sus casas señoriales, el barrio de invasión que crece sin pausa gracias a los recursos que concibe el ingenio humano para desplazar al mar, la ciudad protegida por sus murallas y con la presencia del mar en el horizonte son espacios que van apareciendo por sus páginas, creando un vínculo evidente con la urbe que ha sido escenario de diversas obras de su autor, el escritor cartagenero Roberto Burgos Cantor.

La mujer que ve lo que ve, una matrona casi centenaria sentada día y noche frente a su casa, cada día más afectada por las cataratas que nublan sus ojos, tampoco tiene nombre. Esta mujer arrastra el recuerdo de su hombre, que viajó a Venezuela en busca de un mejor futuro y nunca regresó, y de una hija que creció con ella. Pero basta percibirla allí, entre las sombras, para notar que su presencia será un punto de referencia, a veces como testigo y a veces como confidente, para la gente del barrio de invasión que crece a su alrededor.

Desde estas dos presencias, la ciudad y la mujer que ve lo que ve, se teje esta novela en la que se van delineando los destinos de una serie de personajes de muy diversas características.

Un primer grupo de personajes está conformado por los habitantes del barrio de invasión: un boxeador que aprende su oficio desde niño, cuando en su deambular por el

barrio encontró al maestro y el lugar donde entrenaban los mayores; un hombre que quiere ser cantante, pero es empujado por las circunstancias a convertirse en ladrón para poder pagar las clases de canto con Svetlana, la maestra rusa. La hija de la matrona, con su salón de belleza. La demás gente, dedicada a sus oficios, la carpintería, el comercio, el rebusque, el comentario sobre el prójimo. Y por supuesto, siempre allí, la anciana que observa pasar la vida y la muerte.

La isla de Manga es el escenario donde respiran los demás personajes de la novela. Allí, los últimos descendientes de un linaje en decadencia, una pareja de esposos de edad avanzada, rumian la nostalgia de los tiempos idos en una casa en ruinas. El hombre, noche a noche vestido con sus mejores ropas —que no ocultan las estrecheces de su vida actual—, frecuenta un casino con la vana esperanza de un golpe de suerte que le permita recuperar el esplendor perdido. Ella, en casa, lo observa con ojos fríos y duerme a su lado por los vínculos de la costumbre, incapaz de oponerse a lo que ya no tiene remedio. A ambos los cobija la sombra del padre de ella, empresario que fundó un ingenio azucarero en la región, cuyo legado de riqueza y poder ninguno de los dos pudo preservar.

En esta casona resuena también, como un eco perdido, la voz del hijo de la pareja, testigo de los sucesos que poco a poco llevaron a la ruina económica y existencial. En un juego narrativo de gran riqueza, desde la perspectiva del hijo, llegan al lector las

conversaciones que sostenían la mamá y el abuelo, escuchadas por él desde su escondite entre las plantas del jardín, y los diversos momentos significativos en la historia íntima de la familia. El hijo también partió para no regresar, pero su voz adquiere una impronta vital dentro de la recreación de ese pasado irrecuperable.

La novela avanza por capítulos en los que se van alternando estos personajes, algunos con su propia voz y otros mediados por un narrador externo tan cercano a ellos que parece mimetizarse con sus pensamientos. Poco a poco, con el avance de las páginas se van configurando los dramas, las frustraciones, las alegrías, las impresiones vitales de unos y otros, en un tono general de desesperanza.

Estas vidas marcadas por el abandono, la soledad, la precariedad, el vacío y los deseos insatisfechos solo parecen encontrar su redención en la magia del lenguaje, porque lo que sin duda vincula y hace posible esta estructura polifónica, lo que la anima y la hace respirar como un todo es la riqueza y la textura del lenguaje. El párrafo inicial de la novela es una buena muestra de ello:

Siempre veo lo mismo: abro la puerta y salgo, al amanecer, con la humedad de la noche en los brazos y los ojos pegajosos por las lagañas. Algún mal sueño aún me atolondra. El sol asoma detrás de la colina y revienta su luz rojiza contra las murallas de piedras viejas, negras, sin brillo, pelambre de gato enfermo, con grietas y malezas. Entre las murallas y yo está la calle de asfalto gastado que las bordea. La barandilla en el borde. Evita que los borrachos caigan al agua. Bajo la vista y veo la superficie tornasol del lago. Los islotes de mangle. Las garzas con zancos, alertas, hunden el pico largo y sacan sábalos pequeños que se estremecen con agonía antes que los engullan. (Burgos, p. 9)

La voz corresponde a la matrona que ve lo que ve. Desde la primera línea se hace

evidente el detalle, la capacidad para retratar con palabras las impresiones de un amanecer como tantos. La ciudad, los espacios, son los mismos de cada día, pero el lenguaje utilizado los trasciende.

En la novela *Ver lo que veo*, el autor hace gala de un lenguaje sugerente, vivaz, lleno de imágenes poderosas, con el cual va desgranando con minuciosidad cada destino, cada personaje, en los vericuetos más íntimos de su pensamiento y de su recorrido vital. La magia de este lenguaje también está al servicio de escenas como la luna de miel de los esposos en París, financiada por el papá empresario, la irrupción del ladrón en una joyería del centro histórico, la mujer que sale del casino para zambullirse en el mar y muchas otras que perduran en la memoria tanto por su intensidad dramática como por la dimensión poética del lenguaje con que son narradas.

La novela de Burgos Cantor quedó seleccionada entre las cinco finalistas del Concurso Nacional de Novela del Ministerio de Cultura, en su versión de 2018. Un reconocimiento indudable a una obra que se separa de la manera de narrar que se está imponiendo en la literatura colombiana actual, directa, contundente y eficaz en sus recursos, para explayarse en la exploración minuciosa del lenguaje, el goce de la imagen poética, la riqueza de los matices, al servicio de una historia que roza los grandes tópicos contemporáneos —la violencia, la desigualdad—, pero se concentra en lo esencial: el siempre vigente drama de la condición humana en un entorno desesperanzador. ■■■

## Referencias

Burgos, R. (2017). *Ver lo que veo*. Bogotá: Seix Barral.